

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA  
**ENRIQUE BOLAÑOS GEYER**  
ANTE BAUTIZO DEL HOSPITAL DE MASAYA  
CON EL NOMBRE DEL ILUSTRE MÉDICO  
**DOCTOR HUMBERTO ALVARADO VÁZQUEZ**  
SABADO 31 DE OCTUBRE DE 1998

- Amigos Todos

En nombre de Dios y Nicaragua

Aquel humilde hogar de Masatepe, tierra ubérrima de cafetos, naranjales y limoneros y gran variedad de frutas, formado por un maestro constructor y una costurera, tendría un adorable primer fruto un 31 de octubre de 1899, hace exactamente 99 años.

Ese niño robusto, inquieto y vivaracho llegaría a ser un joven ejemplar, disciplinado, respetuoso, dedicado al estudio en la escuela elemental de aquel pequeño poblado, pero sobre todo con una inteligencia natural extraordinaria, de tal manera que sus padres para buscar un futuro mejor a su hijo, se trasladaron en 1908 a la ciudad de Masaya, donde existían centros educativos que ayudarían a que su hijo progresara absorbiendo enseñanzas de mejor nivel sobre todo en el Liceo de Masaya, donde aprovechó las enseñanzas de maestros más calificados y de larga trayectoria profesional.

En Masaya funcionaba con todo éxito el Liceo de Varones, conducido por hombres de capacidad pedagógica, profesores de vocación y de alta formación académica.

En la tormentosa vida política de nuestro país aconteció la famosa guerra fratricida de Mena y Zeledón, el incendio de Masaya, la intervención americana y la ferocidad de los combates que obligaron a la clausura de todos los colegios y el matrimonio Alvarado-Vázquez regresa a Masatepe, buscando seguridad a la familia. Al concluir la guerra todavía en 1913, aún no funcionaba el Liceo de Varones y un grupo de jóvenes entusiastas con grandes ambiciones por superarse buscan a los profesores para que en sus casas particulares les impartieran clases para no interrumpir la continuidad de los estudios, esos

jóvenes con la mayor disciplina convencen a sus maestros, sobre todo uno de los más sensibles y de alta vocación pedagógica, es el primero en aceptar y convencen a otros maestros más y aceptan impartir clases a los jóvenes entre los cuales estaban Francisco Vega Pasquier, Andrés Vega Bolaños, Camilo Jarquín, Humberto Alvarado Vázquez, Mariano Vega Bolaños, entre otros jóvenes que con tenacidad y afán de progreso logran tras la continuación de las clases, llegar a obtener su diploma de bachiller en 1918.

El joven bachiller Alvarado Vázquez, siempre con la ejemplar ayuda de sus padres, logra iniciar la carrera de medicina en Granada en la Universidad de Oriente y Mediodía, pero su meta era algo más allá, algo superior, lo mejor, lo óptimo, lo excelente, su aspiración y meta era la Facultad de Medicina de la Universidad de México, una de las más reputadas en el Continente en ese entonces.

Su entusiasmo lo lleva hasta convencer a su padre que había tenido buenas ganancias en la siembra de tabaco –un cultivo controlado por el Gobierno- para que lo apoyara en su viaje a México y así lo inicia en trenes y vapores, lentamente hasta llegar a la ciudad y a la Universidad donde se matricula en la Facultad y con todo su optimismo juvenil, desafiando el rigor académico, sobresale en los exámenes orales, en las prácticas severas, venciendo, muchas veces el elitismo de los viejos profesores de medicina del cual sólo se escapaban los mejores, los excelentes, los capaces que demostraban con hechos su saber y su vocación.

Le tocó vivir en sus vigorosos 21 años el entorno político de México, en el año del Centenario del Grito de Dolores, ocasión importantísima en que se rodea de hombres eminentes como Don José Vasconcelos, Rector Emérito que creó el lema de la Universidad “Por mi raza hablará el espíritu”, con Daniel Cossío Villegas, gran historiador, con Vicente Lombardo Toledano, líder de los

trabajadores, con el guatemalteco Miguel Angel Asturias, Premio Nobel de Literatura, con Rafael Heliodoro Valle, intelectual hondureño, con el dominicano Pedro Henríquez Ureña, literato de fama continental, con su compatriota Salomón de la Selva, poeta y literato, además de otras personalidades de la medicina, la política, las artes y la cultura.

Cuando se graduó con honores de Médico y Cirujano en la Universidad de México en 1925, el diario La Noticia del 16 de septiembre de ese mismo año, destaca en primera plana, una información del joven Alberto Luna que comenzaba sus estudios de medicina en México, nos comunica sobre “el magistral examen de graduación de Humberto Alvarado Vázquez, que acosado a preguntas por los mejores médicos clínicos de México, logra triunfar hasta convencer al Tribunal Examinador integrado por 15 votos, que lo aprueban por unanimidad, poniendo muy en alto el amado pabellón de Nicaragua y el nombre de nuestra querida Masaya”.

Don Alberto Luna también continúa diciendo “El examen lo practicó en el Hospital General, explorando tres enfermos y expresando ante sus examinadores, los diagnósticos precisos sin titubeos.

Su triunfo ha tenido una gran resonancia, nos ha llenado de legítimo orgullo, pronto sabrán allá en Nicaragua lo que vale Alvarado Vázquez”.

Es difícil enumerar la personalidad polifacética de aquel joven, que se incorpora a la Revolución Liberal Constitucionalista como médico y como soldado y ya en 1926 y a principios de 1927, no queriendo ninguna posición política, se dedica a su profesión de médico en la ciudad de Masaya, donde conoce a la joven más bella del jardín masayés, la Señorita Lila Abaunza Espinoza, con quien contrae matrimonio en 1930, formando un hogar ejemplar.

En ese mismo año resulta electo diputado por Masatepe y se le reelige para un nuevo período que finalizaría en 1938, pero renuncia antes, por no estar de acuerdo con el golpe de Estado que depuso al Doctor Juan Bautista Sacasa.

Además de recordar al político honesto, que no aceptó candidaturas ni ministerios, ni embajadas, ni otras grandes posiciones que se le ofrecieron, por estar en contra de sus rectos principios y de su ética y moral, debemos recordar al médico, al hombre que se puso al servicio de la humanidad, porque además de tribuno de alto nivel, fue médico de pobres y ricos, con honorarios o sin honorarios, de madrugada o a cualquier hora, muchas veces bajo la lluvia iba el Doctor Alvarado a salvar vidas, a partear a una pobre mujer de Monimbó o al Hospital San Antonio, donde trabajó sin horario, por más de medio siglo, y como maestro de vocación enseñaba a los jóvenes médicos o a los practicantes de esta ciencia para ayudarles en su formación profesional, para orientarles, para darles conocimientos verdaderos con profundidad de hombre sabio al servicio de todos.

Este homenaje que hoy hacemos al perennizar su nombre en el Hospital de Masaya, es mil veces merecido, ya que su vida entera de hombre integérrimo, de auténtico científico, que dio su vida y su trabajo por esta ciudad de Masaya principalmente, murió pobre, pero con una gran aureola de hombre íntegro.

Cuando cayó enfermo lo atendieron los mejores médicos, se le llevó a Managua al Hospital Occidental, en donde se le brindó la más notable atención, sin embargo la ciencia no logra vencer su enfermedad y el tiempo inexorable de sus 77 años. Falleció con resignación, sin sufrimientos, después de haber recibido la extremaunción.

Nicaragua perdió a un incansable trabajador, a un líder indiscutible, a una persona incorruptible, al médico del pueblo, al hombre de hogar que adoró entrañablemente a su profesión, a su esposa y a sus hijos a quienes forjó en el trabajo honesto y creador con su ejemplo imperecedero de altas virtudes ciudadanas.

Nicaragua entera le rindió tributo y seguimos agradeciendo los bienes que nos dio con su ejemplar vida que queda plasmada en el bronce de la placa conmemorativa que de hoy en adelante llevará el Hospital de Masaya.